

LARRY HICKMAN

**"Una técnica delinea y amplifica
la estructura metafísica
de nuestra carne".
Maurice Merleau-Ponty**

Hoy día es un lugar común que el siglo XX ha visto un cambio en las metáforas centrales que forman el arco estructural de la cultura y civilización de occidente. Así como las metáforas dominantes del **homo religiosus** de la edad media dieron lugar a aquellas del humanista religioso de los siglos XVII y XVIII y a aquellas del humanista secular del siglo XIX y la primera parte del siglo XX, así las más recientes metáforas están dando ahora lugar a otras, formadas mediante nuestro creciente interés y dependencia de la alta tecnología. Tomando una frase que fue hecha popular por Thomas Kuhn, estamos en medio de un "paradigm shift" -un desplazamiento de paradigmas culturales.

Pero la mayoría de los filósofos han tardado en intentar entender y comentar estas nuevas metáforas tecnológicas. En esta breve comunicación deseo bosquejar algunas de las razones de esta tardanza. También deseo sugerir que mucho del pesimismo evidente en los escritos de los pocos filósofos que han tratado los temas tecnológicos, carece de fundamento, y deseo ofrecer algunas razones para pensar que un entendimiento más amplio que la **techné** no es solamente importante, sino esencial para un filósofo.

Profesor de Filosofía, Texas A & M University.

Una de las razones por las que los filósofos han tardado en dirigirse a los temas tecnológicos es que hay algo en la misma naturaleza y esencia de la tecnología con lo que los filósofos nunca se han sentido completamente cómodos, especialmente aquellos que han suscrito los tipos de dualismo definidos por Platón, Agustín y Descartes. Es difícil tomar en serio la *techné* si se cree, por ejemplo, con Platón, que el cuerpo es la cárcel del alma; o con Agustín, que el cuerpo es un impedimento en la búsqueda de Dios, o con Descartes, que el cuerpo es un tipo de máquina dentro de la cual funcionamos como substancias fantasmales.

Ha habido excepciones notables a esta regla, es decir, ha habido filósofos que han tomado en serio el cuerpo y lo han considerado como una importante fuente de conocimiento. Entre ellos ha habido fenomenólogos tales como Merleau-Ponty y pragmatistas tales como William James y John Dewey. Estos filósofos se han dado cuenta de que la *techné* es en sus propias raíces un asunto del cuerpo, de lo concreto.

Naturalmente, la ciencia ha sido un dominio más confortable para los filósofos, porque es un asunto de conceptos, como resulta de la consideración de su propio nombre. Aunque la ciencia puede ser ampliada a los cuerpos, como ocurre en el caso de la medicina. Tal aplicación se hace únicamente a través de la mediación de la *techné* -de la tecnología médica.

Pero esto no debería conducirnos al error de aquellos que piensan que la *techné* es únicamente ciencia aplicada. Históricamente, por cierto, la *techné* es anterior a la ciencia. Ortega comprendió bien este punto y dio una explicación del mismo en su ensayo "Hombre: el técnico". La *techné* de ninguna manera es inferior a la ciencia. Al contrario, ella proporciona a la ciencia su único medio de acceso al mundo del hacer y construir concretos, es decir, a un mundo en el cual la ciencia puede tener efectos. Además, la *techné* proporciona un fondo necesario frente al cual las hipótesis científicas pueden ser proyectadas y estipula las condiciones bajo las cuales tales hipótesis se ofrecen para su falsificación.

Una razón ulterior por la que la filosofía contemporánea ha tardado en engranar las nuevas metáforas de la tecnología es que la alta tecnología nos obliga a revisar las viejas categorías no sólo desde el punto de vista del carácter contemplativo del pensamiento puro, sino más bien, desde el punto de vista de la experiencia dura y tempestuosa (*rough-and-tumble*), una experiencia del cambio que nos invade más rápidamente de lo que podamos muchas veces darnos cuenta. La metáfora ha cambiado. El filósofo no se sienta cómodamente vestido ante el fuego crepitante de la chimenea, sino que se arremanga para hacer su trabajo, a ocuparse con el valor

(cash-value) de las ideas. Probablemente es cierto, desafortunadamente, que durante los últimos veinte años ha habido más investigación concerniente a las estructuras del tiempo y el espacio realizadas por cineastas y por artistas del video, que por los filósofos.

La alta tecnología lleva consigo la metáfora de la instantaneidad, simultaneidad, pluralismo y cambio desde las metáforas del músculo y del hueso como extensiones del hombre, a las metáforas de su cada vez más extendido sistema nervioso. Para elegir solamente una de estas nuevas metáforas, se puede decir que la mayoría de los filósofos han sido o constructores de sistemas o analistas de las intrincadas estructuras lingüísticas, por lo que las ramificaciones del pluralismo tecnológico han escapado a la mayoría de ellos, a excepción de Ortega, Dewey y Arendt. Sobre un plano teórico, el pluralismo tecnológico ha llevado consigo un cambio desde las filosofías sociales que son fundamentalmente bivalentes a otras cuya base es la complementariedad. La lógica de "o-o" ha empezado a ceder ante otra en la cual los elementos que anteriormente eran pensados como oponentes, son vistos ahora como prestandose un servicio mutuo. Sobre un nivel práctico, la alta tecnología ha extendido los límites del pluralismo mediante el acceso a formas alternadas del pensamiento y acción que han llevado a otras formas de seres humanos "unidimensionales" y mediante las cuales, las formas nuevas de asociación han conducido a otras formas de individuos aislados. Pero ¿cuántos filósofos han tratado en detalle estos asuntos? ¿Cuántos han empleado tiempo o se han preocupado por explorar el pluralismo generado por el cine, la televisión, o la tecnología del espacio?

Hay un género de pensamiento filosófico acerca de la tecnología que no he mencionado y cuya ausencia es obvia. Me refiero al pesimismo de Jacques Ellul, Jean Paul Sartre y Martin Heidegger. Ellul, aunque no es un filósofo profesional, ha escrito lo que la mayoría de los críticos consideran una explicación de la tecnología profundamente filosófica. En **La Sociedad Tecnológica** siguió al sociólogo americano Harold Lasswell en su definición de "técnica" como la "totalidad" de métodos racionalmente conseguidos y que tienen una absoluta eficacia". La **técnica** es por tanto el **medio** para el **producto**: la **tecnología**, que ha llegado a tener para Ellul una realidad en sí misma. Es autosuficiente y tiene la capacidad para determinar sus propias reglas. Bajo la consideración de Ellul, el ser humano se desmorona ante la eficacia técnica y el capricho humano cede a la predictibilidad y ubicuidad de la máquina. Se dice que la técnica despoja al hombre de su sentido de misterio, para rehacer su vida sobre el supuesto de que ha sido mal hecho y para robarle su sentido de lo sobrenatural.

Para Sartre, también la técnica ha llegado a ser algo que se aplica a sí mismo precisamente en la misma forma en la que, por ejemplo, "la gente ha hecho del habla un lenguaje que se hable de sí mismo". El temió que hubiésemos perdido para siempre la posibilidad de encontrar al técnico como una pirámide de técnicas y técnicas de técnicas, que se propagan y se construyen a sí mismas.

Además, en la obra de Heidegger se encuentra un temor hacia la técnica y el "desarraigo" que lleva consigo. El sintió miedo, dijo en una entrevista concedida a *Der Spiegel*, por la presencia de los seres humanos en la luna. "El desarraigo del hombre ya ha tenido lugar", dijo, "...ésta ya no es la tierra que el hombre habita". El se quejaba, como Sartre y Ellul, de la proporción de la tecnología de nuestros días. Cada uno de estos hombres concibió la tecnología como un sistema que empequeñece al ser humano individual y en el cual él todavía no puede ver su propio reflejo.

Sin embargo, yo pienso que podemos admitir que estos hombres han sentido miedos legítimos sin suscribirnos a su más amplia pesimismo. Es verdad, por ejemplo, que la técnica muchas veces nos invita a forzar nuestras "líneas de provisiones" en el sentido de que nos falta el mantenimiento de los sistemas de reservas de **"soft-technology"** que son absolutamente esenciales para el futuro de las aplicaciones de la alta tecnología. Además, los problemas de polución que confrontan las culturas dependientes de la alta tecnología son realmente serios, y tendrán que ser resueltos si el hombre ha de continuar como una forma de vida en esta tierra. Y la interposición de los inventos tecnológicos muchas veces producen una brecha tan ancha entre el agente y sus acciones, que la dimensión ética se pierde.

Aunque estos fueron temas importantes para Ellul, Sartre y Heidegger, el tema central de cada uno fue algo muy diferente. En el análisis de cada uno, encontramos la advertencia de que el hombre se está perdiendo a sí mismo, que la técnica ha llegado a ser autónoma y que se ha cosificado, y que el hombre ya no tiene más el control, que está en peligro de perder su alma, su verdadero ser humano.

Pero la metáfora de Heidegger del desarrollo es una reminiscencia de las acusaciones contra Copérnico. Nosotros ahora sabemos que el temor del hombre de que una vez arrojado del jardín de un universo geocéntrico dejaría de ser hombre en sentido pleno, perdería su camino y el mundo "se obscurecería", no solamente era infundado sino absurdo. Y aquellos que temen la cosificación y autonomía de la tecnología fallan al tomar en consideración lo que es más importante para el ser humano, que Ortega llamó "centauro ontológico", está "medio inmerso en la naturaleza y medio trascendién-

dola". La auténtica inquietud, la auto-trascendencia y auto-fabricación que Ortega adscribe al ser humano, lucha en contra de una tecnología viciosamente autónoma o reificada.

Hasta aquí he sugerido algunas de las razones por las que muchos filósofos han tardado en extender su investigación al dominio de la **techné** y he dado algunos ejemplos concretos del pesimismo que ha sido el tema dominante de al menos tres importantes aventuras filosóficas en este campo. Ahora quiero sugerir que, lejos de pensar en términos de salvarse de la tecnología, es tiempo de que los filósofos empiecen a pensar en una interacción más activa con los distintos aspectos de la **techné**.

En primer lugar, una investigación de la **techné** como arte vernáculo o cotidiano puede dar al filósofo una nueva visión del ser concreto del hombre en el mundo, y puede precipitar un "fundamento" para su investigación. A este nivel he encontrado no solamente que hay muchos de mis colegas académicos ignorantes de las formas de la **techné** práctica que constituye mucho de la fábrica de sus vidas cotidianas, sino que también están orgullosos de su ignorancia. Las herramientas y pequeñas cosas (gadgets) de la **techné** vernácula que nos rodean, son de gran importancia filosófica. Ellas tienen una carga epistemológica y son portadoras de valores éticos y estéticos, lo cual es muchas veces lamentablemente ignorado por los filósofos.

En segundo lugar, una investigación del mundo de la **techné** como las bellas artes puede dar al filósofo un sentido de estilo y contexto, lo cual no únicamente serviría para localizar su trabajo en un dominio más amplio, sino que además renovarían los vínculos naturales de la filosofía con la poesía y el mito, los cuales no son solamente formas importantes del hacer concreto asequible al filósofo, sino que también son las raíces de la filosofía misma. Es por supuesto en este dominio que la alta tecnología sirve no solamente al filósofo sino a todos aquellos que se acercan críticamente a ella. La tecnología de la comunicación, especialmente, hace evidente en una manera hasta ahora inimaginable la sobreposición y entretrejimiento de los mitos que impregnan nuestras vidas. Volviendo a nuestro tema, el pluralismo, no preguntamos más sobre la verdad de un mito, sino sobre su significación. Empecemos a ver que los mitos que anteriormente eran considerados como contradictorios ahora se complementan unos a otros y enriquecen nuestra percepción del mundo.

Por medio de una investigación filosófica sobre la **techné** como alta tecnología, el filósofo puede ganar un entendimiento de las categorías surgidas de la experiencia que se presentan a sí mismas ante nosotros en un tiempo en el cual los cambios ocurren

más rápidamente como nunca en la historia. Y utilizando las nuevas tecnologías en las comunicaciones, él puede ampliar su audiencia y abrir un diálogo con la tecnología hasta un punto en el cual aquellas nuevas categorías tienen una influencia directa sobre las vidas de los seres humanos tecnológicos.

Es importante que el filósofo, quizás más que cualquier otro, se haga cargo del hecho de que el hombre no es sólo un animal que por accidente está implicado en el construir y hacer, o incluso, alguien para el cual la *techné* es algo ajeno y algunas veces una fuerza siniestra, sino más bien un animal tecnológico en sus raíces. En ninguna parte esta falsa imagen de la tecnología como algo ajeno y siniestro es más obvia que en las interpretaciones populares del mito de Frankenstein. El monstruo en las versiones cinematográficas de la historia de Mary Shelly, sale del laboratorio listo para hacer daño al mundo en el cual vive el hombre. Pero en la versión original, como Langdon Winner nos ha recordado recientemente, encontramos una imagen más optimista, y pienso, más adecuada a la relación entre Frankenstein y su criatura. Es Dr. Frankenstein, no su creación, el villano de la historia original. Su maldad consiste en su rechazo de su propia creación. Su creación le persigue no para destruirlo, sino para aprender las maneras humanas de suerte que él pueda ocupar su lugar entre los hombres y servirlos.

Aquellos que encaran el futuro sobriamente, porque incluye alta tecnología, ignoran el hecho de que en este momento, el último cuarto del siglo XX, hay términos tanto absolutos como relativos; más gente con la oportunidad y los instrumentos para perseguir la conciencia de sí mismos y su propia realización como en ningún otro momento de la historia. Esta es una consecuencia directa de las actividades tecnológicas del hombre.

Si el hombre ha de continuar existiendo en esta tierra, lo conseguirá solamente en la medida en que reconozca que estar implicado en la *techné* es su actividad propia. Y si ha de continuar floreciendo aquí, lo conseguirá solamente en la medida en que continúe dirigiendo el mundo filosóficamente. El desarrollo de modelos de cooperación entre la filosofía y la *techné* viene a ser por tanto de vital importancia.